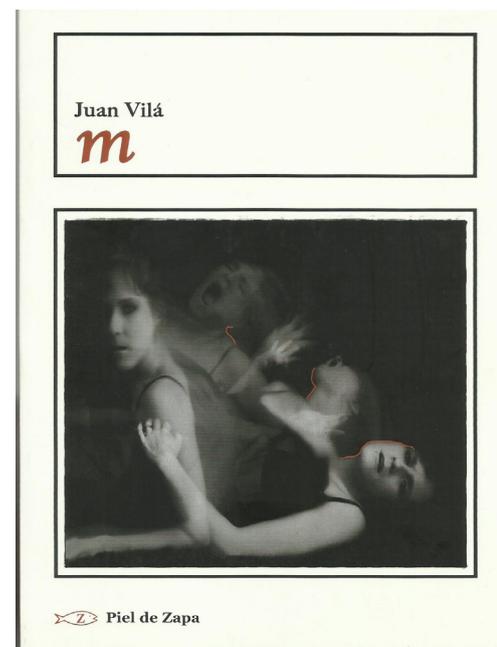


**E**N 1957 el físico norteamericano Hugh Everett III (conocido también por ser el padre de Mark Everett, el cantante e instrumentista de Eels) elaboró una ingeniosa teoría que proponía una aceptable salida a la inquietante paradoja planteada veinte años antes por el austríaco Erwin Schrödinger: la del gato que, introducido en una siniestra caja, podía, según la física cuántica, permanecer vivo y muerto al mismo tiempo siempre y cuando quedara lejos de la mirada del observador. Al lanzar la teoría de los mundos paralelos y su coexistencia simultánea en un multiverso que posibilita que el gato esté muerto en uno de ellos mientras goza en otro de una excelente salud, Hugh Everett III no sólo libró al desdichado gato de ese insoportable limbo de incerteza que supone estar vivo y muerto a la vez, sino que dio carta de naturaleza a una de las ramas más fecundas de la literatura especulativa, la que se basa en la posible existencia de mundos alternativos y en cómo éstos podrían o no interactuar.

JUAN VILÁ, *M*, Piel de Zapa, Barcelona, 2012, 253 pp. ISBN 978-84-15216-42-1

Revista de Libros  
de la Torre del Virrey  
Número 1  
2013/1  
ISSN 2255-2022



Todo ello no tendría demasiado sentido en esta reseña si no fuera porque en su primera novela Juan Vilá (Madrid, 1972) ha decidido convertir a su protagonista, un agente inmobiliario de nombre Juan, como su autor, en una especie de gato de Schrödinger. Aunque si bien el físico estadounidense al menos concedía al gato la gracia de un cincuenta por ciento de posibilidades de salir indemne, en el caso de *M* el protagonista no parece haber gozado de tanta suerte; de hecho, a Juan no sólo se le irán acumulando vivencias traumáticas en más de un universo paralelo, sino que de todos ellos saldrá mal parado. En *M* no hay un mundo en el que estás vivo y un mundo en el que estás muerto, en *M* todos los mundos parecen abocar a Juan a la tragedia, a la pérdida, al dolor.

Así, a partir de la premisa de un personaje que cuenta en primera persona sus vivencias en diferentes realidades alternativas más o menos parecidas (obviamente cada nuevo suceso abre un abanico de posibilidades en el decurso temporal que modifica parcialmente el *status*

quo), la novela se desarrolla en forma de un rompecabezas fragmentario constituido por breves entradas que el lector debe seguir para reconstruir la situación del peculiar protagonista en todas y cada una de ellas, a la espera de que en alguna surja la clave que resuelva el enigma, pues, no hay duda, el enigma es uno de los motores de la novela: ¿qué está pasando y por qué?

El mantenimiento de esa incertidumbre que acompaña al lector hasta el final (si es que acaba por resolverse, cosa que no parece pretenderse del todo) hará que pasemos expectantes de un mundo al que Juan ha llegado por casualidad y en el que debe deshacerse de su propio cadáver con la ayuda del peculiar Santos, a otro en el que una enigmática rubia, la llamada hada madrina, lo tortura, a otro en el que la madre de su novia Rebeca, la reconocible Presidenta de la Comunidad de Madrid, salta por los aires en un atentado, a otro en el que la misma presidenta lo acompaña al altar el día de su boda, a otro en el que es de nuevo torturado por dos matones

*“Juan Vilá (Madrid, 1972) ha decidido convertir a su protagonista, un agente inmobiliario de nombre Juan, como su autor, en una especie de gato de Schrödinger”*

*“En M no hay un mundo en el que estás vivo y un mundo en el que estás muerto, en M todos los mundos parecen abocar a Juan a la tragedia, a la pérdida, al dolor.”*

extranjeros, a otro en el que él mismo recibe la foto de sí mismo durante la tortura, a otro en el que es su ex novia, la voluptuosa Sonia, quien lo acuchilla, etc.

La constante presencia de la cada vez más sospechosa hada madrina actuando como jefa de ceremonias debería dar al lector más perspicaz alguna pista de por qué Juan acaba cayendo siempre en el universo que no toca o de por qué regla de tres un destino cruel lo aleja inexorablemente de lo que más desea, sea un chalet en las afueras o una boda exclusiva con la hija de una familia adinerada. Si según la famosa frase de Einstein Dios no juega a los dados con el universo, en el mundo de M sí que hay una sádica mujer de enormes pechos operados y labios de silicona que parece disfrutar intentando averiguar cuántas vidas y cuántas muertes es capaz de soportar este gatocobaya que es Juan, convertido en carne de experimento o en capricho de demiurgo trastornado. Pero esto ya es adelantar demasiado.



También sería posible, seguramente, reconstruir con más detalle algunos de estos planos de realidad por los que Juan brevemente pasa, bien porque ocupan más espacio en la novela, o bien porque las referencias aportadas permiten configurar la situación de Juan con más detalle. Pero realmente no importa, tal vez porque, como la misma hada madrina reconoce,

“el universo entero está muerto y es como uno de esos quesos llenos de agujeros, túneles y gusanos. Nadie lo sabe. Nadie lo entiende. Materia putrefacta, túneles por los que desplazarse. Agujeros en los que caer, un solo instante, ni siquiera un segundo.”

¿Multiverso, pesadilla, caos...? Las preguntas que asaltan al lector van parejas a las dudas que el mismo protagonista plantea y son, quizás, la parte más interesante de la novela, además del acierto con el que el autor nos presenta a los peculiares personajes que desfilan, también ellos cambiantes, por los diferentes mundos.

*“Si según la famosa frase de Einstein Dios no juega a los dados con el universo, en el mundo de M sí que hay una sádica mujer que parece disfrutar intentando averiguar cuántas vidas y cuántas muertes es capaz de soportar este gato-cobaya que es Juan”*

Porque si algo queda al finalizar la lectura es esa galería de peculiares seres (peculiares, pero no por ello irreales) que deambulan por la novela, como son Santos, el camarero ex legionario y ex yonqui que ayuda a Juan en sus asuntos sucios; o Sonia, la exuberante actriz convencida de que para serlo debe tener un trauma, a veces fogosa estrella de la pantalla, a veces neurótica internada en un psiquiátrico; o Rebeca, la niña bien con tendencia al suicidio y a pasarse con las drogas que tan pronto cuelga de un árbol de la estupenda casa en la que ambos iban a vivir, como la vemos vestida de novia el día de su boda; o la misma Señora Presidenta, maternal unas veces y autoritaria otras.

Ahondando así en un relato que oscila entre la perplejidad y la intriga, no cabe duda de que la novela de Juan Vilá se lee de un tirón, con una trama bien elaborada que mantiene un tono constante a lo largo de todo el relato, y que muestra unas dotes narrativas excepcionales en una obra difícil y arriesgada. La novela puede plantear dudas

*“La obra mantiene una coherencia, un pulso y un ritmo sorprendentes para una primera novela”*

en algunos momentos, pero es capaz de mantener un nivel excepcionalmente alto, algo loable tratándose de un autor novel.

Si algunos de los enigmas planteados que quedan en el aire deberían ser zanjados o no antes del desenlace final, o si se podría evitar el recurso a un lenguaje soez que, por mucho que sirva para identificar a los personajes, no acaba de resultar necesario en la mayoría de los casos, es algo que queda a criterio del lector y de sus ideas respecto a lo que debería o no aparecer en una novela. A los habituados al realismo sucio norteamericano que va de Bukowski a Palahniuk este comentario les parecerá nimio.

De lo que no cabe duda es de que la obra mantiene una coherencia, un pulso y un ritmo sorprendentes para una primera novela y que la dificultad a la hora de enmarcarla tanto desde el punto de vista genérico como dentro del panorama literario actual hacen de ella una apuesta más que arriesgada para una editorial que,

como es el caso de Piel de Zapa, da con esta obra sus primeros pasos. Sin duda, este nuevo proyecto editorial de Miguel Riera Montesinos deparará buenas y grandes sorpresas, como también la naciente carrera de Juan Vilá.

*Juan Pérez Andrés*